

H O N D U R A S

D I N A M I T A D A

SANGRE INUTIL

Desde hace varias semanas es ya un hecho consumado el golpe militar de Honduras. Quienes no hayan tenido acceso a la realidad hondureña mas que a través de los comunicados oficiales o a través de los despachos de las agencias y de las declaraciones de los exilados, se habrán hecho un lío y tendrán dificultad de formarse una idea clara. El objeto de estas líneas es desenredar ese lío. Para ello nos situaremos en el centro de la realidad hondureña, pero sin tener conexión alguna con las fuerzas actuantes. Vamos a juzgar solamente con el análisis de los hechos.

Del análisis sacamos nosotros la conclusión de que el golpe de estado fue innecesario. Podemos equivocarnos en este juicio. Pero queremos declarar desde el principio que no pertenecemos a ningún campo político. Y para evitar sospechas también dejamos bien claro que no somos comunistas, sino anticomunistas de pensamiento y acción. Somos demócratas de convicción y estamos persuadidos de que el golpe de estado fue un retroceso lamentable en la democratización de Honduras. Y hacemos esta afirmación no porque seamos enemigos del golpe de estado por principio (aunque sí lo somos por temperamento y educación). El golpe de estado podría ser necesario en el caso de que, agotados todos los otros recursos, se le considerara el único medio eficaz para evitar que el país cayera en la ruina.

Nosotros afirmamos que se mató sin necesidad a muchas personas. Se destruyeron sin necesidad instituciones constitucionales. Sin necesidad se han ahondado los odios políticos. Sin necesidad se ha dado un paso más en la desintegración de la gran familia hondureña: exilio, detenciones, despedida de empleos, persecuciones y matanzas. Sin necesidad se ha asestado un golpe mortal a la confianza en los métodos democráticos recurriendo una vez más a ese gran ARBITRARIO QUE ES LA FUERZA.

REPUDIO POPULAR

El primer hecho patente a todo el mundo es el de que el pueblo no tomó parte en el golpe. Fue un golpe impopular. El pueblo lo soportó con desgana. Más aún, con estupor. La población de Honduras, con pocas excepciones, tardó en recuperarse del susto que le produjo el golpe de estado. Eso a pesar de que el golpe estaba en el ambiente, se hablaba de él continuamente y los rumores podían haber preparado los ánimos. Y no fue así.

A medida que pasaba el tiempo y se acercaban las elecciones, la población se iba haciendo a la idea de que por fin en Honduras se podían tener elecciones libres, por imperfectas que ellas fuesen. Las elecciones no son perfectas en ningún lado del mundo y no creo que haya ningún optimista que aspire a crear este milagro precisamente en Latinoamérica. Pero al menos se iban a tener elecciones libres relativamente en un proceso de educación de la libertad que no puede verificarse más que en la práctica de la libertad. Los que observábamos de fuera el proceso hondureño veíamos con claridad sus puntos negativos, sus deficiencias, pero también las veíamos como humanamente inevitables en un país con la historia de Honduras y poníamos precisamente la esperanza del progreso de la pequeña y sufrida nación en el hecho de que se iba a dar un paso más; se iba a realizar el imposible de que un gobernante llegara a su meta democrática, un puente más en el camino de la democracia, y cuando sólo faltaban diez días para que se realizara este bello anhelo, el ejército dinamitó el puente que él mismo había comenzado a construir hace cinco años. Fue una pena, pues el pueblo empezaba a sentir que desaparecía el maleficio sempiterno de Honduras. A personas responsables oímos repetidas veces decir en Tegucigalpa: "Es raro. Se acercan las elecciones y hasta la fecha no ha habido incidentes mayores, cosa tradicional en este país." Y manifestaban con ello una gran sorpresa de satisfacción.

Cuando el día 3 de octubre amaneció lleno de sangre, el pueblo de Honduras quedó espantado. Las ciudades no salían de su tristeza. Se notaba en el ambiente como un peso que oprimía a todos. Nada de manifestaciones de júbilo por el hecho de haber sa-

lido de una situación intolerable. Un silencio de muerte cubrió durante varios días a la ciudadanía de Honduras. En los rostros de los ciudadanos se podían leer el estupor, la tristeza y el temor. Fue un golpe seco. Eficaz. Cruel. Terrible en donde encontró resistencia. Se utilizó la fuerza sin contemplación de ninguna clase. La guardia civil adicta al régimen fue completamente aniquilada en algunos sitios en cuestión de minutos. Esta eficacia seca y brutal golpeó también cruelmente la conciencia de los ciudadanos que durante varios días se sintieron impotentes para dar una aprobación externa al movimiento.

Honduras vivió varios días como aturdida y mareada sin poder comprender por qué habían ocurrido cosas tan terribles en tan pocas horas. En otras palabras: nos parece que esta reacción del pueblo de Honduras prueba que el pueblo de Honduras no comprendió ni comprende todavía que hubiese habido necesidad de llegar "a eso".

Lo que acabamos de decir se prueba también con la nerviosa reiteración de los jefes militares en querer justificar su golpe. Hay un adagio latino que me parece cuadra maravillosamente en la situación de que nos ocupamos: "excusatio non petita accusatio manifesta". Se intensificó una campaña de razones que no convencen. Cuando se derrocó a Pérez Jiménez o a Batista, no hubo necesidad de justificar el golpe. El pueblo se estremeció de júbilo.

¿ANARQUIA?

La primera palabra que han utilizado los jefes militares para justificar su conducta ha sido la de anarquía. Creo que si se despoja uno de todo afecto partidista debe reconocerse que en Honduras no reinaba la "anarquía". En Honduras iban mal muchas cosas, pero esto quede dicho en el sentido en que se dice que van mal muchas cosas en todos los países latinoamericanos por causa de regresión económica y moral y social. En Honduras había corrupción administrativa y desintegración moral, ni más ni menos que en la mayoría de los países latinoamericanos. A Honduras le afectaban, lo mismo y quizá menos que a otros países latinoamericanos, las convulsiones de esta revolución total que sacude a Latinoamérica. En el "contexto latinoamericano" podríamos decir que Honduras gozaba de una envidiable y triste normalidad: la normalidad de no empezar a sacudirse de la tremenda miseria en que vive gran parte de su población. En comparación con otros países latinoamericanos —piénsese en el Brasil, Venezuela, Colombia, Perú, Nicaragua, Guatemala—, Honduras gozaba, tal vez debido a su retraso, de más normalidad y paz. En Honduras estaban las carreteras seguras de noche y de día. Las comunicaciones funcionaban con perfecta normalidad. Ningún incidente violento turbaba la vida económica del país. La paz en las ciudades era completa lo mismo de noche que de día. La enseñanza primaria y secundaria se impartía con tranquilidad absoluta. Y la universidad padecía disturbios mucho menores e insignificantes que los de la mayoría de otras universidades de Latinoamérica. Pocas naciones tenían el privilegio que tenían los hondureños: vivir sin terrorismo.

Eso sí: Honduras era un país "propicio" para el comunismo; un excelente "bocado" para Fidel Castro. Por ser una nación de poco desarrollo podría fácilmente caer en la trampa. Pero esta situación no la va

a arreglar el ejército con un golpe de estado. No son las ametralladoras las que van a impedir que Honduras siga siendo "esclava". La cosa está en saber quién la va a liberar: una democracia social cristiana o el marxismo. Pero desde luego no el ejército.

No. Creemos que no es honrado hablar de la "anarquía" de Honduras para justificar el golpe militar. Por la sencilla razón de que no había tal anarquía. A no ser que queramos llamar anarquía arbitrariamente a todo lo que no evoluciona conforme a nuestros deseos. Esto no es serio. Si la anarquía tipo Honduras era suficiente para levantar al ejército hay que concluir que no hay ni un solo país en Latinoamérica, excepción de Costa Rica, Uruguay y quizá Chile, en los que no sea necesario el golpe de estado.

Nadie piense al leer estas líneas que desconocemos ciertos hechos sangrientos cometidos por unos y por otros, como en Lempira o Isquia. Estábamos en Honduras observando la situación, siguiendo muy atentamente la evolución de los hechos, leyendo con lupa toda la desafortunada literatura de la campaña electoral y conociendo la situación y la opinión. Nadie que viva en Honduras o que conozca la historia de Honduras —no precisamente la antigua, sino la reciente— llama a esto "anarquía". Por desgracia, estas cosas ocurren en Honduras con carácter de "normales". Asistimos al proceso democrático teñido de incidentes pintorescos o violentos con la esperanza de ver que el desarrollo del proceso democrático iba sacando al pueblo poco a poco de su tradición de violencias y matanzas. La violencia seguirá siendo normal mientras Honduras no se recupere de su tradición golpista. No se olvide que Honduras ha padecido más de ciento treinta revoluciones en menos de ciento veinte años. Al pueblo de Honduras se le ha acostumbrado a buscar en la fuerza la solución de sus conflictos internos. Ahí creemos que radica uno de los principales males de Honduras.

EL PELIGRO COMUNISTA

La segunda razón de peso que se ha aducido para justificar el golpe ha sido la infiltración comunista, de la que se hacía responsable a la tolerancia de Villeda Morales.

Nosotros también juzgamos que Honduras puede convertirse en un país comunista. Pero no por culpa de Villeda Morales o Rodas Alvarado, sino por todo el complejo social del que son responsables los grupos directivos del país que nunca se han decidido a emprender la reforma de estructuras.

En los meses anteriores a octubre cundían en Honduras fantásticos rumores sobre revoluciones comunistas preparadas. Se señalaban ciudades en el Norte (San Pedro Sula, El Progreso, La Lima, Puerto Cortés) como polvorines próximos a estallar. A esto se añade la presencia en algunas regiones fronterizas (una presencia muy deletérea) de grupos guerrilleros aún no identificados (no se sabe si castristas o sencillamente antisomocistas o las dos cosas a la vez) que dieron ocasión al periódico "El Día" para montar una campaña de alarma, de la cual lo menos que se puede decir es que fue artificial y exagerada. (Entre paréntesis hay que señalar que después del golpe de estado, precisamente cuando los militares podrían haber dado amplia y exacta información, ya no se habla ni de guerrillas ni guerrilleros; parece que los guerrilleros se han "evaporado". Curiosa coincidencia.) Repetimos

que somos conscientes del peligro comunista en Honduras, pero no en la forma que lo entienden los militares. Villeda Morales, por su formación, y Rodas Alvarado, por su situación económica, eran anticomunistas sin poder ser otra cosa. La infiltración comunista no era tanto efecto de la tolerancia, sino de la desintegración moral que afecta en todas las capas a la sociedad de Honduras. Nosotros no creemos que Honduras estuviese llena de comunistas; sino de algunos maestros, algunos profesores, algunos intelectualillos un grupo de periodistas de ínfima calidad, sin respeto para la moral cristiana, imbuídos de un liberalismo trasnochado, de un anticlericalismo pasado de moda, todo ello producto de frustración, vanidad, rencores, prejuicios, falta de cultura, vida viciosa, elementos mezclados en algunos pocos con sentimientos de justicia social.

Hubiéramos deseado tener muchas y concretas pruebas de esta invasión del comunismo en las estructuras del país. Más bien tenemos lo contrario. El señor Ministro de Educación decreta que su departamento siga sus funciones normales. El Tribunal Supremo confirma en su puesto a todos los jueces del país. La mayor parte de los ministros se esfuerza en demostrar que en sus respectivos departamentos ha habido un mínimo de despidos. En la Universidad, "foco clásico del comunismo", no llegan a una docena los detenidos entre catedráticos o universitarios. Periódicos señalados siempre como "comunistas" siguen saliendo a la luz pública. Conocemos casos de profesores de liceos detenidos, pero nadie sabe si son comunistas; porque en Honduras basta ser izquierdista o progresista social para ser tildado de comunista. El caso más sonado que ha llegado a nuestro conocimiento ha sido el del liceo "Patria", de La Lima, que se halla clausurado por estar detenidos todos o casi todos sus profesores, sin que esto suponga que esos profesores sean comunistas. El liceo está convertido en cuartel, lo que no nos parece que contribuya mucho a derrotar al comunismo en un país que se supone en perfecta paz y en camino de orden. Leemos con atención los comunicados en la prensa y en ninguna parte vemos que se señalan lugares o casas o centros en concreto en donde se hayan hallado esos fantásticos depósitos de armas. Que muchos ciudadanos liberales estaban armados. En Centro-América todo el mundo sabe que todo el mundo anda armado. Y los liberales no son los comunistas.

CONCLUSION

Al leer las líneas que anteceden alguien podrá pensar que somos enemigos de los grupos que han dado el golpe de estado. Nada más erróneo. Lo único que hemos hecho es juzgar ese acontecimiento nacional a la luz de nuestra filosofía. Podremos habernos equivocado; pero hemos intentado analizarlo con imparcialidad. Nuestro análisis no niega que haya podido haber buena voluntad en los propósitos del ejército que realiza sus planes guiado por otros principios que nosotros juzgamos equivocados. Nosotros seguimos aferrados al principio de que el recurso a la fuerza es el último recurso. Nosotros creemos que la tentación de recurrir es tan violenta que, como todas las tentaciones humanas, se ingenia para buscar razones justificadoras. Nosotros creemos que cierto aparente desorden de las sociedades con libertad es preefrible a cierto aparente orden de las sociedades bajo la fuerza. El orden, para

que sea verdadero, tiene que ser producto de la educación, de la libertad, de la conciencia. Nosotros creemos que un orden impuesto por las ametralladoras es el peor de los desórdenes. Naturalmente que el Estado debe tener un aparato coactivo para obligar al cumplimiento de las leyes y castigar su incumplimiento; pero eso dista mucho, muchísimo, de tener a toda la ciudadanía bajo la opresión de las armas. El ejército, cuando está bien organizado y unido, como estaba en Honduras, posee muchísimos medios de presionar al ejecutivo para que éste se mantenga dentro de la constitucionalidad.

A la vez que no afirmamos mala voluntad, sino criterios distintos a los nuestros en el ejército, tampoco tratamos en este análisis de aprobar los métodos del régimen desaparecido y el tono de la campaña de Rodas Alvarado, impropios de países civilizados. El poner como norma suprema de conducta política los intereses de partido, con casi total despreocupación de los intereses nacionales, es absolutamente intolerable. Rodas Alvarado apeló excesivamente a los oscuros instintos de la masa partidista y no supo sobreponerse a los sentimientos de venganza que almacenó durante los años en que fue brutalmente perseguido por el nacionalismo. Nosotros creemos sinceramente que Rodas Alvarado no iba a gobernar según la fraseología que utilizaba en sus discursos. Pero hizo mal, muy mal, en utilizar ese método, del que además no creemos que tuviera necesidad.

Unos y otros son responsables de este golpe de estado que en nuestra opinión, lejos de poner orden, no ha hecho más que quitar de la superficie lo que ellos llaman anarquía para implantarla en lo más íntimo de la vida nacional. Los soldados patrullan las calles y los caminos del país. Tres semanas después del golpe aún hay toque de queda, se oyen disparos en las noches, que aunque no sean más que disparos de atención, alarman a la ciudadanía, se detienen los coches y se cachea a los ciudadanos en las carreteras. La retirada de la ayuda americana frena dolorosamente una gran parte del avance económico del país. Hay peligro de que la anarquía silenciosa se implante en el corazón económico del país. Para nadie es un secreto que Honduras depende de tal manera de los EE.UU. que incluso para pagar muchas de las nóminas de sus empleados públicos era necesaria la ayuda americana. Confiamos en que los jefes nuevos harán frente con energía a esta amenaza de crisis económica, de la que podría salir la verdadera anarquía del país. Por otra parte, el comunismo no ha desaparecido de Honduras en una noche. Ni la miseria. Ni la desintegración moral. ¿No será ahora la ocasión aún más propicia que antes para que el comunismo aseste sus golpes en la sombra? Es mucho más difícil luchar con el enemigo que se esconde en la obscuridad.

Para terminar: afirmamos que esos tremendos males inminentes de los que nos quiso liberar el ejército son difíciles de probar. Creemos que no hay ninguna necesidad de probar la aparición de tremendos problemas reales y peligrosísimos como consecuencia del golpe de estado. Para nosotros es evidente que el golpe, por muy buena intención que tuviese, fue un suceso desgraciado.

Wladimiro Warheit

Tegucigalpa, octubre de 1963.